

## JUAN LÓPEZ DE HOYOS Y LA CRÓNICA DE LAS CEREMONIAS REALES DE MADRID, 1568-1570

Juan López de Hoyos es bien conocido entre los estudiosos del Siglo de Oro, aun sin ser un autor literario de primera categoría. Además del interés que ha suscitado como lector de Erasmo y maestro del joven Miguel de Cervantes, ha llamado la atención de los historiadores del arte por su minuciosa descripción de las decoraciones efímeras utilizadas en las tres ceremonias a las que dedica lo esencial de su obra: las honras fúnebres del príncipe don Carlos y de la reina Isabel de Valois (ambas en 1568) y la entrada de la nueva reina Ana de Austria (1570). Tampoco se han pasado por alto las descripciones de Madrid y las especulaciones sobre su origen y antigüedad, que se incluyen en esas relaciones y convierten a López de Hoyos en el primer cronista de la capital de la monarquía hispana<sup>1</sup>.

---

1 Para las aproximaciones literarias, A. Castro, «Erasmo en tiempo de Cervantes», *Revista de Filología Española*, XVIII (1931), 329-89 y M. Bataillon, *Erasmo en España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, (México, 1986; primera ed. francesa 1937), 733-4, 777-8 y 800-1. Desde la historia del arte, A. Cámara Muñoz, «El poder de la imagen y la imagen del poder. La fiesta en el Madrid del Renacimiento», en *Madrid en el Renacimiento*, (Madrid, 1986), 61-93; T. Chaves Montoya, «La entrada de Ana de Austria en Madrid (1570) según la relación de López de Hoyos. Fuentes iconográficas», *Boletín del Museo e Instituto «Camón Aznar»*, XXXVI (1989), 91-103; utiliza la relación de la entrada de Ana, junto a otras contemporáneas, F. Checa, *Felipe II. Mecenas de las artes*, (Madrid, 1992), 161-99 y 284-300. Como cronista de Madrid destaca en la edición abreviada de sus relaciones, en J. Simón Díaz, *Fuentes para la Historia de Madrid y su provincia*, (Madrid, 1964), 8-118.

En las páginas siguientes pretendo partir de esta última perspectiva para estudiar la obra de López de Hoyos como primera crónica ceremonial de una ciudad que acababa de convertirse en sede de la Corte, aunque todavía no estaba del todo segura de su destino definitivo. Como se sabe, Felipe II no hizo declaraciones explícitas sobre sus intenciones respecto a Madrid, no dio explicaciones sobre si pensaba o no establecerse allí definitivamente, si buscaba sólo un lugar para alojar los organismos de su creciente administración o si pretendía también construir una capital que sirviera como expresión simbólica de su poder<sup>2</sup>. Los escritos de López de Hoyos son de excepcional importancia para aproximarse a esta última cuestión, pues constituyen las primeras y únicas crónicas de su género para el Madrid de Felipe II. Eso hace de ellas una fuente extraordinaria y fundamental para estudiar lo que de capital ceremonial pudo haber tenido Madrid pocos años después del establecimiento de la Corte. ¿Fue ése un papel que entonces empezaba a asumir la ciudad? ¿Lo hizo sin grandes problemas o, por el contrario, surgieron complicaciones para ello, ya fuera por parte de la Villa o de la Corte? Intentaré responder a estas cuestiones, siguiendo el hilo de la obra de López de Hoyos, aunque considerando también las crónicas ceremoniales de otras ciudades contemporáneas. El núcleo del análisis estará formado por las entradas reales de 1570, ceremonias muy bien documentadas y especialmente aptas para observar las relaciones rituales entre el soberano y la ciudad. El significado de una entrada real en una ciudad que era (o empezaba a ser) capital quedará delineado de forma más completa al compararlo con el de la misma ceremonia en ciudades vecinas que no disfrutaban de esa categoría, aunque tuvieran todavía pretensiones de hacerlo. Las entradas reales en el París de esos años, que han sido estudiadas de forma muy completa, ofrecerán además un punto de contraste de lo que eran estas ceremonias en una capital no de nuevo cuño sino de amplia tradición<sup>3</sup>.

#### EL CRONISTA Y LA CIUDAD

Los autores de relaciones ceremoniales en la España de la segunda mitad del siglo XVI trabajaron a menudo a comisión de las ciudades anfitrionas, de las que ellos mismos solían ser vecinos. Eso les convertía en cierto modo en sus

2 A. Alvar Ezquerro, *Felipe II, la Corte y Madrid en 1561*, (Madrid, 1985).

3 Han tenido una gran influencia en la elaboración de este artículo los estudios de M. Berengo, «La capitale nell'Europa d'antico regime», en C. De Seta, ed., *Le città capitali*, (Roma-Bari, 1985), 2-15; L. M. Bryant *The King and the City in the Parisian Royal Entry Ceremony: Politics, Ritual and Art in the Renaissance* (Ginebra, 1986); y R. Descimon, «Le corps de ville et le système cérémoniel parisien au début de l'âge moderne», en M. Boone y M. Prak (eds.), *Statuts individuels, statuts corporatifs et statuts judiciaires dans les villes européennes (moyen âge et temps modernes)*, (Lovaina, 1996), 73-128. También han sido de gran ayuda los comentarios de Jim Amelang al primer borrador.

cronistas oficiales, aunque es importante considerar en cada caso el papel concreto que tuvieron en la organización de los actos que describen e interpretan, así como sus vinculaciones institucionales o informales dentro y fuera de la ciudad. El caso de López de Hoyos es aparentemente sencillo, puesto que casi todos los rasgos de su biografía hablan de un hombre muy vinculado a Madrid como Villa. El cronista nació hacia 1535 en el seno de una familia medianamente acomodada del lugar y llegó a fundar un mayorazgo que incluía casas, censos y la no menospreciable cantidad de cien fanegas de tierras de labor en Aravaca y el mismo Madrid. Por su profesión eclesiástica, estuvo además vinculado a una de las principales familias del gobierno municipal, la de los Vargas, a quienes sirvió en su Capilla del Obispo hasta que en 1580 obtuvo un curato en la parroquia de san Andrés. Su fidelidad a otras instituciones eclesiásticas del Madrid precortesano se plasmaron en el testamento realizado poco antes de su muerte en 1583, en el que mandaba ser enterrado en el convento de san Francisco y que acompañara su entierro la antigua cofradía de la Vera Cruz, compuesta por «naturales» de la Villa<sup>4</sup>.

En su tiempo López de Hoyos fue conocido principalmente como maestro de humanidades del ayuntamiento de Madrid. En enero de 1568 aprobó el examen requerido para ocupar el cargo de maestro de «letras humanas» en el Estudio de la Villa, la única escuela oficial de gramática de la ciudad hasta la instalación definitiva del Colegio Imperial de los jesuitas<sup>5</sup>. Sus presumibles conocimientos de las disciplinas que entonces formaban el programa humanista (latín, retórica, historia, ética y poesía) le abrieron el camino hacia tareas afines, concretamente a la colaboración con el ayuntamiento de Madrid en el desafío ceremonial que pronto supuso para la ciudad la presencia continua de la familia real. Algunos meses después de que López se incorporase a su cargo docente municipal, se estrenó como cronista de las ceremonias públicas realizadas por la enfermedad y muerte del príncipe don Carlos. Como indica en su relación, él mismo compuso «los Epitaphios, Hieroglyficas y versos» colocados en el convento de santo Domingo el Real, donde tuvieron lugar las honras; un acuerdo municipal para que se le recompensara con veinte ducados confirma su autoría «por

---

4 La primera reseña biográfica del cronista es la de J. A. Álvarez y Baena, *Hijos de Madrid, Ilustres en Santidad, dignidades, armas, ciencias y artes*, (Madrid, 1790), III, 121-2. Muy completa es la voz que le dedica R. M. de Hornedo, en el *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, (Madrid, 1972), vol. II, 1341-2. Los datos más concretos sobre su riqueza y lazos con instituciones eclesiásticas proceden de A. González Palencia, «El testamento de Juan López de Hoyos, maestro de Cervantes», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XXIV (1920), 593-603.

5 J. Simón Díaz, *Historia del Colegio Imperial de Madrid (Del Estudio de la Villa al Instituto de San Isidro: años 1346-1955)*, (Madrid, 1992, 2ª ed. actualizada), 6-10. Con datos de interés, el folleto de J.M. Bernáldez Montalvo, *Historia de una institución madrileña: el Estudio de la Villa (1290-1619)*, (Madrid, 1989).

mandato deste ayuntamiento» y detalla su labor como coordinador general del programa funerario: «por el trabaxo que puso en los Epitafios que ordeno y dio industria para la pintura dellos... y trabaxo en escriuirlo y hazerlo pintar, y asistir con los pintores a ello, y en las honras al ponerlo por su orden»<sup>6</sup>. El trabajo se repitió al morir en octubre de ese año la reina Isabel, con «poco tiempo que para ello me dio el ilustre ayuntamiento desta villa», y, otra vez, dos años más tarde, cuando la nueva mujer de Felipe II hizo su entrada solemne en Madrid<sup>7</sup>. En este caso, como veremos más adelante, la autoría de las decoraciones efímeras fue compartida, aunque parece claro que se debió a Hoyos la mayor parte de los elementos literarios (poemas e inscripciones), la elección de los atributos para las alegorías y personificaciones y, desde luego, la elaboración de los temas para la mayor parte de los jeroglíficos, con los que se muestra especialmente entusiasmado, seguramente a causa de su potencial didáctico<sup>8</sup>.

El papel de López de Hoyos como cronista y autor de las decoraciones efímeras a comisión del ayuntamiento tenía poco de particular. En las ciudades españolas de la segunda mitad del siglo XVI se estaban extendiendo rápidamente las fórmulas renacentistas para la preparación de ceremonias urbanas especialmente solemnes. Como se sabe, el modelo procedía de Italia, donde la organización de las principales ceremonias se encargaba a literatos y artistas de diversa categoría (denominados *festaiuoli*), que planificaban y ejecutaban las decoraciones y los aparatos festivos. Aunque en algún estudio iconográfico de las entradas españolas se ha sugerido que los temas eran demasiado heterogéneos como para que resulte aceptable pensar en programas únicos, no hay duda de la

6 Archivo de Villa de Madrid, Libro de Acuerdos (en adelante AVM, LA), XVIII, f. 177v (6 de septiembre de 1568) y *Relación de la muerte y honras funebres del SS. Príncipe D. Carlos, hijo de la Magestad del Catholico Rey D. Philippe el segundo nuestro Señor*, (Madrid, 1568), f. 46r.

7 *Hystoria y relación verdadera de la enfermedad, felicíssimo tránsito, y sumptuosos exequias fúnebres de la Serenísima Reyna de España doña Isabel de Valoys nuestra Señora*, (Madrid, 1569) f. 105v; López de Hoyos recibió del ayuntamiento trescientos ducados «por su trabaxo que tubo en lo del recibimiento» (AVM, LA, XIX, ff. 103v-4r, 29 de marzo de 1571), pero él mismo distingue en su relación entre las imágenes y textos «que pusimos» o «ideamos» y las que hicieron otros colaboradores, *Real apparato, y sumptuoso recebimiento con que Madrid (como casa y morada de su M.) rescibió a la Serenísima Reyna D<sup>a</sup> Ana de Austria* (Madrid, 1572), ff. 51r, 138v, 175r y passim.

8 Los jeroglíficos se inspiraban en la escritura egipcia, o más bien en la interpretación de sus caracteres como encarnación de conceptos, e incluían imágenes bastante crípticas, aunque impactantes, y un texto aclaratorio de su significado. Se pusieron muy de moda tras el descubrimiento en el siglo XV del texto atribuido a Horapollo y difundido ampliamente por las imprentas europeas. Los humanistas se sirvieron de él o de los comentaristas contemporáneos como Pierio Valeriano (éste muy citado por López de Hoyos) para crear jeroglíficos propios capaces de transmitir sus ideas y valores con gran fuerza persuasiva. Sobre ellos, *The Hieroglyphics of Horapollo*, trad. e intro. G. Boas y prefacio de A.T. Grafton (Princeton, 1993; primera ed. 1950); sobre la aplicación ideológica de éstos y otros recursos ceremoniales del momento, ver el sugerente artículo de F. Bouza Álvarez, «Retórica da imagem real. Portugal e a memória figurada de Filipe II», *Penélope. Fazer e desfazer história*, IV (1989), 19-58.

colaboración, al menos parcial, de humanistas de mayor o menor categoría. Su trabajo era necesario para la elaboración quizás no tanto de los principales temas de la escultura o la pintura (que podían venir marcados por la tradición o las indicaciones del soberano), pero sí de los imprescindibles emblemas y jero-glíficos, cuya ejecución exigía un mínimo de formación clásica para manejar de forma creativa repertorios como el de Alciato o Pierio Valeriano, a menudo citados por los cronistas españoles del siglo XVI<sup>9</sup>. Las ciudades castellanas de estos años con un mínimo de categoría no dejaron de servirse para sus celebraciones de humanistas, ya fueran de cierto relieve, como Alvar Núñez de Castro, que colaboró en las entradas de Isabel de Valois de Alcalá y Toledo en 1560, y Juan de Mal Lara, encargado de la entrada de Felipe II en la Sevilla de 1570, ya de segunda fila como el segoviano Jorge Báez de Sepúlveda, que se ocupó de la entrada de Ana de Austria en su ciudad, y el mismo López de Hoyos<sup>10</sup>. Para las autoridades municipales el servicio de estos cronistas tenía un doble valor porque sus relaciones immortalizaban no sólo las ceremonias, sino también a la ciudad que las había organizado, costeadado y en parte protagonizado. En estos años se hizo habitual que los autores de relaciones festivas actuaran también un poco como cronistas urbanos. Aprovechando el comentario de una decoración de contenido local, hablando de los preparativos de la ceremonia o simplemente añadiendo unas páginas para ese fin, las relaciones solían exaltar la grandeza y los valores de la ciudad anfitriona. López de Hoyos llegó incluso a encabezar la relación de las honras de Isabel con unas páginas dedicadas al «Senado» de Madrid, en las que, tras subrayar el papel de los «historiadores» (imprescindible para eternizar las hazañas de los hombres y fama de las ciudades), alababa a la suya por su fertilidad, presunta antigüedad, mayorazgos, santos y hombres ilus-

---

9 C.A. Marsden, «Entrées et fêtes espagnoles au XVI<sup>e</sup> siècle», en J. Jacquot (ed.), *Les fêtes de la Renaissance. Fêtes et cérémonies au temps de Charles Quint*, (Paris, 1960), II, 389-411. B. Mitchell, *The Majesty of the State. Triumphal Progresses of Foreign Sovereigns in Renaissance Italy (1494-1600)*, (Florenia, 1986). Para los repertorios iconográficos de las decoraciones ceremoniales más utilizados en España, J. Gállego, *Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro*, (Madrid, 1984), 25-49.

10 Para un encuadre de estos autores, incluido López de Hoyos, L. Gil Fernández, *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, (Madrid, 1997; primera ed. 1981), 343-6, 484-7, 570-2. Es muy útil también la introducción de M. Bernal Rodríguez a su edición de J. de Mal Lara, *Recibimiento que hizo la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla a la C.R.M. del rey D. Felipe N.<sup>o</sup>S.*, (Sevilla, 1992). Sobre el menos conocido de estos autores, Jorge Báez de Sepúlveda, ver T. Baeza y González, *Apuntes biográficos de escritores segovianos*, Segovia, 1877, 101-2, donde comenta que de su mano procedió no sólo la relación comisionada por el ayuntamiento sino también el adorno de los arcos, inscripciones y crónica; en su *Relación verdadera del recibimiento que hizo la ciudad de Segovia a la magestad de la reyna nuestra señora doña Anna de Austria*, (Alcalá de Henares, 1572), f. 10, Báez sólo indica que la traza para la arquitectura de los arcos triunfales la hizo el maestro mayor del rey, mientras que «la invención de las figuras y letras se cometió a otras personas que al ayuntamiento parecieron ser idóneas para ello».

tres. No sorprende que el ayuntamiento acordara dar «al maestro Juan López cincuenta ducados para ayudar a ynprimir el libro que a hecho dirigido a esta villa, de la muerte y obsequias (sic) de la reina nuestra señora»<sup>11</sup>.

En cierto modo, sin embargo, la situación de López de Hoyos fue más compleja que la de los otros cronistas porque tuvo que compartir las expresiones de afecto y lealtad hacia la ciudad con otras semejantes dirigidas a la Corte. No es que los demás escritores evitaran tales demostraciones hacia los monarcas que visitaban su ciudad, pero Hoyos fue más lejos, al convertir su crónica urbana en un embrión de crónica de la Corte. Mientras que Mal Lara se limitaba a anotar la presencia en la entrada sevillana de Diego de Espinosa, obispo de Sigüenza, Inquisidor General, Presidente del Consejo de Castilla y, en último término, mano derecha de Felipe II entre 1565 y 1572, López de Hoyos dedicó a ese personaje sus tres relaciones y no perdió oportunidad en ninguna de ellas para destacar su papel y elogiarle como gobernante. En el texto de las honras de don Carlos, Espinosa era encarecido como entregado hombre de gobierno y, su ausencia en la octava funeraria excusada por sus múltiples ocupaciones. En la relación de las honras de Isabel aprovechó que Espinosa acababa de ser nombrado cardenal para acompañar el grabado de su escudo (incluido en los tres libros) con unos párrafos sobre la recepción pública del legado papal que había traído su *cappello* a Madrid. Más lejos fue en la crónica de la entrada, donde no se recató de insistir en el papel ritual de Espinosa, hasta un punto que hace pensar en la omnipresencia de los validos en relaciones semejantes del siglo siguiente. En esta obra, Hoyos añadió también una larga «Epístola», en la que solicitaba de su «patrón y señor» favor para las letras y para sí mismo, después de ensalzarle por llevar, como dice, todo el peso del gobierno y ofrecerle una breve crónica de las más recientes ceremonias madrileñas, algunas de las cuales atribuye a impulso del cardenal<sup>12</sup>. Da la impresión de que a López de Hoyos, aunque fiel amante de su

11 AVM, LA XVIII, f. 269r (27 de mayo de 1569); *Hystoria*, ff. 1r-5v, al comienzo del libro, con paginación separada. Al final incluye su famosa «Declaración y armas de Madrid», considerada primera crónica de la Villa, en otras 7 hojas de paginación separada.

12 *Relación*, ff. 13r y 31v-32r; más malicioso, L. Cabrera de Córdoba, *Felipe II, Rey de España* (Madrid, 1876-77; primera ed., 1619), t. I, 590, se hace eco de los rumores suscitados por la ausencia de Espinosa en la octava por el príncipe como indicación de que «no le había desplacido su muerte». La dedicatoria al cardenal en la *Hystoria*, al principio, sin paginar, lo que vale también para la «Epístola» en *Real aparato*; los sucesos que narra aquí tuvieron lugar entre la entrada de Ana a finales de 1570 y la publicación de libro dos años más tarde. Como indican las referencias sobre la obra posterior de López de Hoyos recogidas en J. Simón Díaz, *Bibliografía de la Literatura Hispánica* (Madrid, 1984), XIII, 434-7, el sacerdote realizó tareas como poeta de Corte con ocasión de Lepanto y el nacimiento del príncipe Fernando, y como censor del Consejo hasta su muerte. Sobre el cardenal, J. Martínez Millán, «En busca de la ortodoxia: el inquisidor general Diego de Espinosa», en su *La corte de Felipe II*, (Madrid, 1994), 189-228.

ciudad natal, no le bastaba con cantar las alabanzas de la Villa, sino que aspiraba a hacerlo en conjunto de la Villa y Corte de Madrid.

#### ENTRADAS REALES, CEREMONIAS CÍVICAS

A la relación de la entrada de Ana de Austria, López de Hoyos le dedicó una extensión mucho mayor que a las anteriores y también por encima de lo que era habitual entre los cronistas castellanos contemporáneos. Eso se debe no tanto a la descripción misma de las decoraciones efímeras (aunque éstas eran considerablemente más elaboradas de lo que se había visto hasta entonces en la Villa), como al extenso comentario político y moralizante de las mismas, al que tal vez se sintió empujado como cronista de la capital. Seguramente no sería infructuoso estudiar a fondo los puntos de vista de este sacerdote humanista, en cuyos comentarios se adivinan posiciones que van desde el erasmismo tardío a un temprano antimaquavelismo<sup>13</sup>. Pero, para no perder de vista nuestro objetivo principal, resulta más conveniente encuadrar su descripción y comentarios de la entrada de la reina en el marco más amplio de ese tipo de ceremonia y concretamente el de las primeras entradas de los soberanos en sus territorios.

Naturalmente entre la Baja Edad Media y el Renacimiento hubo distintos tipos de entradas reales y no fueron las menos llamativas aquéllas en las que las ciudades recibían solemnemente a los príncipes visitantes (fueran o no sus soberanos), en particular si venían como aliados o triunfadores de campañas militares. El tipo de ceremonia en el que se encuadra la entrada de la reina Ana se corresponde, sin embargo, con la primera entrada de un soberano en una ciudad bajo su jurisdicción. Aunque no hay acuerdo sobre su origen y naturaleza, parece claro que la entrada era una institución mixta en la que el soberano y su séquito cortesano eran recibidos formalmente por la ciudad, que ceremonialmente se manifestaba como una personalidad jurídica distinta, definida por sus propias instituciones y corporaciones: ayuntamiento, catedral, gremios... Quienes las han estudiado desde una perspectiva jurídica en su periodo de auge bajomedieval han puesto de relieve su importancia constitucional, pues en las primeras entradas del nuevo soberano se recreaba la idea de una unión permanente entre el cuerpo político y su cabeza (según el lenguaje corporativo de la época), de ma-

---

13 López de Hoyos cita en un par de ocasiones a Erasmo (conocidas y comentadas por Castro) y también utiliza términos frecuentes en los escritos erasmistas, como el de «ceremoniático» para criticar a los demasiado amigos de ceremonias (*Real aparato*, ff. 49v y 128r), pero también elogia a quienes cumplen con prácticas externas de la religión, como el ayuno o la disciplina; conviene no olvidar sus vinculaciones franciscanas y que escribía después de Trento. Sus comentarios «antimaquiavélicos» sobre la Divina Providencia frente a la Fortuna y sobre la religión como principal base para conservar y ampliar los estados se encuentran principalmente en sus comentarios del tercer arco (ibíd., ff. 83v-4r, 125r y 221v).



nera que se escenificaba la transición sucesoria, subrayando la continuidad del orden político. De ahí que a menudo se produjera durante la ceremonia un intercambio de declaraciones de buena voluntad, armonía y buen gobierno, al tiempo que se ponían en escena nociones legales centradas en las atribuciones del soberano como garante y fuente última de la justicia, en actos como el reconocimiento y la sumisión de los detentadores de cargos públicos, la liberación de presos locales o la confirmación formal de las jurisdicciones locales (municipales, catedralicias...) con un juramento público de los privilegios y libertades concedidos por sus predecesores<sup>14</sup>.

La manera concreta en que se realizaban las entradas variaba en cada territorio y también sufrió modificaciones a lo largo del tiempo, destacando en particular la tendencia a sustituir lo que tenía de diálogo de doble dirección entre la cabeza y el cuerpo político por la exaltación y glorificación del soberano por parte de sus súbditos. En el caso de la monarquía hispana, apenas estudiado según estas líneas interpretativas, parece que la segunda mitad del siglo XVI fue testigo de la adecuación ceremonial a las exigencias de una formación política de nuevo cuño, en la que debían combinarse las tradiciones locales de cada territorio con una adecuada representación de la grandeza y majestad de un monarca que reivindicaba su primacía en Europa. El cambio más evidente se produjo, como se sabe, con la introducción de la etiqueta de estilo borgoñón en 1548, precisamente para enriquecer el cortejo principesco en las entradas constitucionales que el príncipe Felipe iba a hacer como heredero en los Países Bajos. Otras modificaciones en la presentación ceremonial del soberano sugieren, por su coincidencia con otras monarquías, que el proceso respondía a necesidades más generales que las del caso hispano específico y que posiblemente tenía que ver con el proceso de fortalecimiento del poder real y la exacerbación de las rivalidades dinásticas. El eclipse de las entradas del rey en favor de las protagonizadas por las reinas consortes constituyó una de las más importantes transformaciones en esta línea, tanto en Francia como en Castilla, donde la acción consciente e intencionada de Felipe II marcó el punto de inflexión decisivo para el engrandecimiento de unas ceremonias, que, desde entonces, iban a ser centrales en el conjunto del sistema ceremonial de la monarquía hispana. Los cronistas se hacen eco del cambio, al comentar las entradas castellanas que marcan el principio del reinado de Felipe II entre finales de 1559 y principios de 1560. Cuando el soberano hizo su entrada solemne en Toledo, donde se iban a reunir las

14 Además de la obra citada de Bryant, de la que me he servido preferentemente, sigo a B. Guenée y F. Lehoux, *Les Entrées royales françaises de 1328 à 1515*, (París, 1968), 7-29; R. Strong, *Arte y poder. Fiestas del Renacimiento, 1450-1650*, (Madrid, 1988; primera ed. inglesa 1984) y R. Malcolm Smuts, «Public ceremony and royal charisma: the English royal entry in London, 1485-1642», en A.L. Beier, D. Cannadine and J.M. Rosenheim (eds.), *The First Modern Society. Essays in English History in honour of Lawrence Stone*, (Cambridge, 1989), 65-93.



Cortes de Castilla, mandó que «lo más y mejor» quedara para el recibimiento de su mujer, Isabel de Valois, algunos meses más tarde<sup>15</sup>. Luego, en el trayecto desde Guadalajara, donde tuvo lugar el matrimonio de ambos, y antes de llegar a Alcalá, el monarca se separó del cortejo y se fue de caza con algunos caballeros de su servicio «porque era seruido se hiziesse a la Magestad della sola el Recibimiento de aqui»<sup>16</sup>; lo mismo sucedió en Madrid, que era la siguiente etapa antes de llegar a Toledo, donde se realizó para la reina una entrada de fasto sin precedentes. El propósito de reforzar el esplendor de estas ceremonias nunca se explicó, pero su interpretación pasa seguramente por términos como modestia, austeridad y distanciamiento, como en el caso de los retratos; aunque en las entradas tuvo implicaciones más llamativas porque significó cambiar completamente las reglas del juego. Felipe II, que se preocupó personalmente de organizar el protocolo para las jornadas de las reinas y sus entradas urbanas, demostró ser muy consciente de los mecanismos para limitar la significación constitucional de éstas en favor de otra de talante dinástico e internacional. Si el caso de Isabel en 1560 puede verse como un experimento inicial, el resultado plenamente maduro estaría en el de Ana, especialmente en su entrada solemne en la capital<sup>17</sup>.

No resulta fácil describir en pocas palabras los aspectos más notables y distintivos de la entrada de Ana de Austria en Madrid, porque, entre otras cosas, es preciso considerar dos fuerzas en cierto modo opuestas. Por un lado, está el hecho indudable de que la influencia de la Corte hizo que esta ceremonia fuera la más fastuosa y rica que se había realizado hasta entonces en la ciudad; buen indicador de ello son los cuarenta mil ducados que el ayuntamiento se gastó, en con-

---

15 «Relación y memoria de la entrada en esta çibdad de Toledo del rey y reyna, nuestros señores, don Felipe y doña Isabela y del reçeibimiento y fiestas y otras cosas, año de 1561», en S. de Horozco, *Relaciones Históricas Toledanas*, ed. de J. Weiner (Toledo, 1981), 182.

16 A. Gómez de Castro, *El Recebimiento, que la Universidad de Alcalá de Henares hizo a los Reyes nuestros señores* (Alcalá, 1560), sign. ti C4r, donde también anota que las bodas de Guadalajara fueron «más Ricas y de mayor magnificencia que las de Salamanca y Inglaterra, segun juzgaron los que en ellas se auían hallado».

17 De estos temas me ocupo con más detalle en «Felipe II y el sistema ceremonial de la Monarquía Católica», en *Actas del Congreso Internacional Felipe II (1598-1998). Europa dividida: La Monarquía Católica de Felipe II* (UAM, 1998), de próxima publicación. La documentación sobre el protocolo de la jornada de 1570 ha sido publicada en parte por L. Pérez Bueno, «Del casamiento de Felipe II con su sobrina Ana de Austria», *Hispania*, VII (1947), 372-416 y la amplía Mercedes Sánchez Sánchez (con quien ha sido un placer intercambiar información e ideas) en su ponencia del último congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (Madrid, 1998). Para las consideraciones sobre el retrato, F. Checa, «Felipe II en El Escorial: la representación del poder real», en *El Escorial: Arte, poder y cultura en la Corte de Felipe II*, (Madrid, 1989) 7-26 y J. Brown «Enemies of Flattery: Velázquez' Portraits of Philip IV», en R.I. Rotberg y T.K. Rabb, (eds.), *Art and History. Images and their Meaning*, (Cambridge, 1986), 137-54.

traste con los seis mil de la entrada anterior de 1560<sup>18</sup>. Por otro lado, ni la pompa ceremonial ni los arcos triunfales pueden ocultar la limitada participación de grupos sociales e institucionales de la Villa y la pobreza relativa de sus rituales y festejos de recepción, ni, en último término, el significado casi unívoco —centrado en la Corte— de la ceremonia en conjunto. Veámoslo con más detalle y en comparación con otras entradas castellanas de los mismos años.

Para empezar, el cortejo de la reina estaba formado por los servidores y artesanos que la acompañaron durante toda o parte de la jornada que hizo desde la Corte de su padre Maximiliano II. Felipe II había mandado sustituir a los principales cargos del servicio imperial por los españoles encargados de los oficios de la nueva Casa de la reina y también mandó volver a sus domicilios, poco antes de llegar a Madrid, a sus enviados para la jornada desde Santander, el duque de Béjar y el arzobispo de Toledo con sus respectivos séquitos. Para compensar, a las afueras de la capital se unieron al cortejo real «algunos grandes y señores de título»<sup>19</sup> —que López de Hoyos nombra uno por uno—, así como las guardias reales: arqueros y guardias española, alemana y borgoñona. El cortejo de la entrada propiamente dicha, esto es, el desfile dentro de los muros de la ciudad, solía complicarse después del primer acto ritual, que tenía lugar en sus inmediaciones. Allí se realizaba habitualmente la recepción por las distintas instituciones y corporaciones urbanas, que iban llegando en orden jerárquico y con las ropas de los colores y tejidos que les identificaban según el estado o cuerpo al que pertenecían y el rango que ocupaban dentro de ellos; también se distinguían por su forma de presentación, pues mientras el estado llano (artesanos y mercaderes de la ciudad y campesinos de su jurisdicción) hacían juegos o espectáculos paramilitares, los miembros de las magistraturas realizaban un besamanos. En la entrada madrileña de 1570 este primer acto de la ceremonia tuvo lugar en las puertas del monasterio de san Jerónimo, donde se había dispuesto una gran plataforma con dosel para la reina y su séquito. Ante ellos, se realizaron en primer lugar las diversiones ofrecidas por la Villa: unas cincuenta danzas —habitualmente a cargo de los lugares de la jurisdicción de Madrid— y un asalto al castillo colocado en medio de un estanque y protagonizado por la soldadesca o suiza de la gente de los oficios, según López de Hoyos, unos cuatro mil infantes que llevaban un mes ensayando por Madrid con sus pífanos y tambores. Después llegaron los miembros del ayuntamiento, precedidos de sus trompetas,

18 Sobre los gastos por la entrada de Ana, ver la parte final del excelente trabajo de J. M. Cruz Valdovinos, «La entrada de la reina Ana en Madrid en 1570. Estudio documental», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXVIII (1990), 413-51. Para la entrada de Isabel AVM, LA, XIV, f. 366 (29 de diciembre de 1559).

19 *Real aparato*, f. 19v. Para las bajas en el séquito real, J. Alenda y Mira, *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España*, (Madrid, 1903), I, 79, número 258, donde resume un manuscrito de esta entrada que no he localizado.

atabales y ministriles; iban primero los ministros de justicia o alguaciles, vestidos de grana, los escribanos y el procurador del pueblo, de terciopelo blanco, y, al fin, los regidores, teniente de corregidor y corregidor, con «vestiduras Senatorias» de terciopelo carmesí. Al llegar ante la reina, el corregidor se adelantó a besar su mano el primero y pronunció un breve discurso de bienvenida, augurándole felicidad, poniendo a su servicio la Villa como «casa y morada de vuestra Majestad» y definiendo a sí mismo y a sus acompañantes como los «fieles y leales vasallos»<sup>20</sup>. Uno a uno y por orden de antigüedad, fue presentando a los regidores, quienes, tras besar la mano a la reina, dejaban paso a los miembros de las demás instituciones con sede en Madrid. En orden ascendente de antigüedad se sucedieron las Contadurías Mayor de Cuentas y de Hacienda, el Consejo de Órdenes, el de Indias, Italia, Aragón y, por último, el Real o de Castilla, cuyo presidente, Cardenal Espinosa, fue favorecido de forma extraordinaria por la reina, que le mandó sentar a su lado, mientras le iba presentando a los de su Consejo.

En las ciudades castellanas donde hubo también entradas reales en esos años, las cosas se sucedían de manera semejante, aunque naturalmente sin la presencia de los Consejos característica de la Corte, pero, en contrapartida, con la participación de un abanico generalmente más amplio de grupos sociales e institucionales en representación de la ciudad. Así, en Segovia, donde Ana de Austria había entrado unas semanas antes que en Madrid, salieron a recibirla los miembros de las distintas profesiones urbanas, comenzando por los «oficiales mayores y menores», artesanos cuyos oficios se mencionan uno por uno en la relación, los mercaderes y fabricantes, escribanos del número, médicos y cirujanos y caballeros y abogados (éstos juntos como solución a una disputa de precedencias). Luego, como era de rigor, iba el ayuntamiento como corporación, en este caso marcando de forma específica los dos linajes familiares que tradicionalmente lo dominaban, y, finalmente, los miembros del cabildo catedralicio y la audiencia episcopal, todos «conforme al lugar y orden que entre sí guardan», sin faltar el mismo obispo de la ciudad, Diego de Covarrubias<sup>21</sup>. En ciudades de mayor categoría, como Toledo, el cortejo de recepción era aún más heterogéneo por la presencia de instituciones como la Inquisición, la Hermandad y la Universidad, y, si hablamos de Sevilla, habría que añadir la Casa de Contratación y el Consulado. Puesto que estos elementos encabezaban después el cortejo mixto que atravesaba la ciudad, habitualmente de una punta a otra, es fácil compren-

20 *Real aparato*, ff. 25v y 26v, respectivamente. En adelante citaré el folio correspondiente dentro del texto.

21 Báez de Sepúlveda, op. cit., 36-45. Por la amplitud de grupos sociales que incluye este cortejo, ha llamado la atención a numerosos historiadores, entre otros A. Marcos Martín, «Percepciones materiales e imaginario urbano en la España Moderna», en J.I. Fortéa Pérez, (ed.), *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano en la Corona de Castilla (ss. XVI-XVIII)*, (Santander, 1997), 35.

der la caracterización del caso madrileño como más uniforme. El cortejo de la reina que atravesó Madrid en 1570 muestra un predominio absoluto de los elementos de la Corte, ofreciendo un mensaje más uniforme que en las ciudades de provincias. En primer lugar fueron los trompetas y atabales de la Villa, mezclados con los del rey; luego la nobleza por sus categorías (primero los caballeros, luego los títulos, aunque mezclados españoles y extranjeros); seguían los maceros con las armas reales, los grandes con el mayordomo del rey y cuatro reyes de armas, marca de toda ceremonia real. La reina, bajo el palio de oro frisado que llevaban los regidores, iba vestida de terciopelo negro, plata y oro y tocada con un sombrero de plumas blancas, coloradas y amarillas «que son los colores del rey» (f. 29) y montada en un caballo blanco, con silla de plata y gualdrapas de terciopelo. La escoltaban, a los lados, su hermano el archiduque Alberto y el cardenal Espinosa, y detrás de ellos, iba el guión real que «se lleua de camino para denotar que va allí la persona real» (f. 103v). En el último segmento, Leonor de Guzmán, la camarera mayor y su marido, el duque de Feria, la mujer del mayordomo, la guardamayor y demás damas del servicio real, todas «ricamente vestidas, con muchas perlas, collares, cintas»..., en caballos aderezados como el de la reina, y acompañadas de grandes señores, también «opulentamente aderezados» (f. 103r). A los lados la guarda real de a pie abría camino y en la retaguardia cerraban la de a caballo y los arqueros reales.

En lo que se refiere a los rituales realizados a lo largo de la ruta ceremonial, López de Hoyos menciona dos, y muy de pasada: el primero se hizo al pasar la reina muy cerca de la cárcel de la Villa, cuando los presos le pidieron a gritos misericordia y «se les hizo la merced, como de su magestad se esperaua» (f. 222r); el otro, cuando en las puertas de Santa María de la Almudena, la iglesia mayor de la Villa, la recibieron los representantes de las instituciones eclesiásticas: el cabildo y la clerecía, las catorce parroquias y el vicario que, como máxima autoridad eclesiástica de la ciudad por delegación del arzobispo de Toledo, debía dar a besar una cruz a la reina; aunque esta vez, de forma excepcional, la tomó Espinosa y él mismo la dio a besar a Su Majestad. Una vez dentro en la iglesia se hizo un *Te Deum* en acción de gracias y la reina pudo retirarse a sus aposentos del vecino Alcázar. No hay rastro alguno de juramento real de los privilegios de la ciudad o de su iglesia, aunque para la entrada anterior de Isabel de Valois, en la que al parecer se esperaba también la presencia del rey, sí consta que los regidores acordaron ir «a suplicar a su magestad tenga por bien de jurar los privilegios desta villa»<sup>22</sup>. El resultado negativo de la gestión que

22 AVM, LA, XIV, f. 384v (acuerdo de 6 de febrero de 1560). En la primera entrada de Felipe III en la capital tras haber ascendido el trono no hubo más que un discurso del corregidor sobre la voluntad de servicio de la Villa y una cortés respuesta del rey, sin nada que recordase un juramento de privilegios; la relación oficial de la misma en el «Libro de noticias particulares, así de nacimientos de príncipes como de muertes, entradas de reyes...», f. 32v, en AVM, Secretaría, 4-122-15.

sugieren las relaciones de ésta y posteriores entradas en Madrid es tal vez indicativo de un retroceso de ese ritual en ciudades castellanas de categoría semejante a la suya durante la segunda mitad del siglo XVI. En otras muy por encima de ella, como Toledo o Sevilla, sí se mantenía vigente tanto en la entrada de la reina como en la del rey, quien en las entradas de 1559 y 1570 juró mantener los privilegios municipales de ambas ciudades antes de atravesar la puerta del casco urbano y también los de las catedrales respectivas antes de penetrar en su interior; en ambas sedes se sometió incluso al ritual de tonos carnalescos por el que los niños danzantes o los clerizos, poniendo en vigor los privilegios catedralicios recién confirmados, obligaban al rey y a sus caballeros a entregar las espuelas, que recuperaban si pagaban una multa<sup>23</sup>.

También los festejos fueron mucho más sofisticados en otras ciudades que Madrid. Como en las demás, no hubo toros en la Corte porque estaba muy reciente la prohibición papal, pero tampoco hubo una gran variedad de actividades celebratorias. Aparte de las danzas y asalto a un castillo citadas más atrás, López de Hoyos se limita a dar cuenta de los juegos paramilitares realizados por la soldadesca de los oficios, un castillo de fuegos artificiales organizado por los plateros para destacarse de los demás artesanos y un juego de alcancías protagonizado por los caballeros del ayuntamiento y otros «ilustres de Madrid» (f. 250r). Es posible que la Villa no fuera un entorno especialmente rico en tradiciones festivas, como lo sugiere la necesidad de inspirarse o recurrir a otras ciudades que refleja la documentación desde finales del siglo XV. Pero, para mediados del siguiente, parece que su capacidad había mejorado notablemente: para la entrada de Isabel, los regidores quisieron hacer un torneo porque un juego de cañas les parecía «poco y fiesta muy ordinaria»<sup>24</sup> y en 1570, por influencia evidente de la Corte, se hicieron previsiones para colocar música instrumental y vocal a lo largo de la ruta de la entrada, se convocaron premios para carreras de palios (de hombres y mujeres, a pie y a caballo, con o sin máscaras), se organizó una cucaña y hasta un juego bastante curioso (por no decir otra cosa) que con-

---

23 Horozco, op. cit., 183, 185 y 187; Mal Lara, op. cit., 200 y 207-10. Aunque, como consta en las instrucciones para las jornadas de Isabel y Ana, Felipe II no era partidario de que las reinas jurasen los privilegios de las ciudades en estas ocasiones, Isabel de Valois lo hizo en Toledo, según Cabrera de Córdoba, op. cit., I, 287.

24 AVM, LA, XIV, f. 366v (29 de diciembre de 1559). Como consta en los acuerdos de 14 y 19 de enero, en esta ocasión se preparó también una suiza en la que participaron los lugares de la Tierra. La impresión que dejan los acuerdos municipales de fechas anteriores es bastante más negativa, por ejemplo, el de 1502 relativo a la entrada de los príncipes herederos Juana y Felipe, en que se recoge el mandato real para que los madrileños no festejen a sus príncipes con juegos «porque no los saben hazer en comparación de los que hazen en Flandes» y también se insiste en que para los juegos caballerescos se busquen escuderos «que lo sepan muy bien hacer», en *Libros de Acuerdos del Concejo madrileño, 1464-1600*, ed. de R. Sánchez González y M. C. Cayetano Martín, (Madrid, 1987), V, 19 y 22-3.

sistía en «matar un gato a cabezadas»<sup>25</sup>. Lo fundamental, y eso es lo que destaca la relación de Hoyos, es la base social e institucional de los festejos que Madrid puede poner en marcha, muy lejos de los por esas fechas organizaban ciudades como Toledo o Valladolid, también antigua sede de la Corte. Mientras que en éstas la catedral podía usar los carros triunfales de las fiestas religiosas y la alta nobleza residente costear los festejos caballerescos, en Madrid no había catedral y apenas contaba con grandes nobles residentes; todo el peso de lo que se hacía en este terreno recaía por fuerza en el ayuntamiento o en los caballeros particulares<sup>26</sup>.

Por último, pero no menos importante, debemos ocuparnos de los temas de las decoraciones efímeras, mucho más homogéneos en el Madrid de 1570 que en otras ciudades. Como señalamos antes, por lo general se encargaban de ellas las ciudades anfitrionas, siguiendo las pautas de la tradición y tal vez las indicaciones que los consejeros reales pudieran hacerles en los contactos previos a la entrada. Eran habituales las representaciones de los monarcas homenajeados y de sus antepasados, junto con sus hazañas más destacadas y alegorías de las virtudes que se consideraban más adecuadas para ellos, según la literatura renacentista de «espejo de príncipes». Como indicaba Báez de Sepúlveda, haciéndose eco del sentido admonitorio que tradicionalmente se daba a estas imágenes, se trataba de animar a los soberanos «a perseverar en aquellas virtudes que en gloria suya les ponen delante» (f. 7). Aparte de estas imágenes regias, y a menudo predominando sobre ellas, se incluían otras de contenido marcadamente local: la personificación del río de la ciudad, los edificios emblemáticos, los santos del lugar y los héroes fundadores (míticos o históricos) con sus hazañas, todo lo cual constituía al fin y al cabo la crónica de la ciudad. Por no citar más que un ejemplo, los arcos de triunfo de la entrada de Ana en Burgos contaron con una personificación del río Arlanzón, con el fundador Diego Porcelo, el Cid, que era

---

25 AVM, LA, XIX, f. 5r (3 de noviembre 1570); Cruz Valdovinos, op. cit., 434. La variedad, poco habitual en los festejos madrileños, de los premios convocados en esta ocasión y sus mismas características apuntan a una posible influencia (tal vez italiana) de la internacional Corte de Felipe II. Además de lo que sugieren los términos de las carreras «de palio», me consta que en las fiestas de algunas ciudades italianas de la Edad Moderna se hacían juegos como el citado de matar un gato con la cabeza rapada; cfr. el cuadro de Gabriel Bella, «La fiesta del 2 de febrero en Santa María Formosa» (c. 1792), en G. Busetto, (ed.), *Scene di vita veneziana* (Catálogo de exposición, Palazzo Grassi, Venecia), (Milán, 1995), 188-91.

26 Los acuerdos municipales para la financiación del juego de alcancías y otro previsto de cañas reflejan cierta tensión entre los partidarios de costearlos por cuenta del ayuntamiento o dejarlos a la voluntad de los caballeros que «a su costa» los quisieran hacer; AVM, LA, XIX, f. 10r (8 de noviembre de 1570). Para los festejos de Toledo, con un fuerte énfasis en la participación de la nobleza, Horozco, op. cit., 200-9 y para Valladolid, E. Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592, pasando por Segovia, Valladolid, Palencia, Burgos, Logroño, Pamplona y Tudela*, ed. de A. Morel-Fatio y A. Rodríguez Villa, (Madrid, 1879), 22 y ss.

natural de Burgos, Fernán González con explicación de haber independizado el reino de Castilla de León y muchas otras historias heroicas relacionadas con una ciudad que no olvidaba reafirmar su puesto como capital histórica de Castilla, un asunto que mantenían muy vivo los tradicionales conflictos de precedencia en Cortes con Toledo, una ciudad cuya reconquista desde Burgos aparece, y no por casualidad, recogida también en la iconografía festiva<sup>27</sup>. La rivalidad urbana se combinaban así con expresiones del orgullo cívico en unas ceremonias que, en último término hablaban de las ciudades mismas, de su prestigio, riqueza y poder —a veces aparecían en escena los productos agrícolas y personificaciones de los lugares bajo su jurisdicción—. Pero en esto también Madrid ofreció rasgos distintos.

La reciente capital no sólo tuvo que sufrir en 1570 que el cortejo real procedente de Segovia hubiera visto entre las hazañas de ésta la reconquista de Madrid por sus héroes locales, sino que tampoco tuvo gran oportunidad de sacar a escena sus propios mitos e historias en la entrada de Ana, dominada de forma aplastante por temas relacionados con la monarquía<sup>28</sup>. Si nos limitamos a los temas principales de la parte frontal de los arcos triunfales, tenemos el primero, colocado al principio de la carrera de san Jerónimo, repleto de imágenes de antepasados de los reyes. Por la parte Habsburgo estaba Rodolfo, el fundador de la dinastía, Carlos V y su hermano Fernando, abuelo también de la reina, con hazañas de sus victorias contra los luteranos y turcos, respectivamente. Les acompañaban otros tantos monarcas hispanos —don Pelayo, Fernando III y Fernando el Católico—, con escenas y comentarios también sobre su valor militar y su piedad religiosa. El conjunto lo coronaban las alegorías de la Justicia y la Fortaleza con una personificación de España en medio. Ésta tenía como atributos un león y un castillo en la cabeza, una cruz en las manos y mantenía encadenada a sus pies a una vieja iracunda, en significación, según comenzaba la cartela explicativa, de que «con el fauor, ayuda y socorro del omnipotente Dios muy alegre España, refrenando fuertemente con la justicia y fortaleza de Philipppo, a la furiosa heregía, que ya casi por toda la Europa pretendía destruyr...» (f. 56r). En el segundo arco de la Puerta del Sol había una nueva personificación de España

---

27 M. J. Sanz, «Festivas demostraciones de Nimega y Burgos en honor de la reina doña Ana de Austria», *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLIX (1983), 375-95. Eloy Benito Ruano, *La prelación ciudadana. Las disputas por la precedencia entre las ciudades de la Corona de Castilla*, Toledo, 1972.

28 Báez, op. cit., ff. 47-8, 51 y 107-8 (sobre una imagen de este tema que no se colocó finalmente a petición del corregidor, Juan Zapata de Villafuerte, que era de Madrid y argumentaba «que no se avía de poner lo que no estuviere provado en historia auténtica»). En la fiesta madrileña de 1570 hubo pocas escenas de temas locales: una imagen de una Matrona que representaba a la Villa entregando las llaves de la ciudad a la reina en el primer arco y una escena sobre la misma llegada del cortejo de Ana a la ciudad y poco más.



(esta vez vestida a lo godo) y otra del Nuevo Mundo (con corona inca), que, acompañadas de sus reinos y provincias, ofrecían sus riquezas, obediencia y lealtad. El tercer y último arco, en la calle Mayor, estuvo presidido por la imagen central de Felipe II en majestad, sentado en trono, con armadura, toga y cetro, rodeado por alegorías de sus virtudes: la Religión y la Clemencia, cualificadas por representaciones de acciones militares en defensa de la Iglesia y numerosos jeroglíficos sobre esas y otras cualidades personales del rey. El tono característico de la representación lo marcaban los temas religiosos e imperiales: sobre el trono del rey se dispuso un águila con las alas abiertas para «significar la magestad, grandeza y soberbia de su imperio» (f. 176) y, entre sus virtudes, una imagen de Astraea, representación de la Justicia pero con fuertes connotaciones imperiales en estos años y una mujer con triple corona y cetro en alusión —explica Hoyos— al «lustre, claridad, excelencia y magestad real» de Felipe II, cuyo «ceptro y monarchia es tan suprema que, con mucha razón, triumpha en todo el uniuerso» (f. 194v). Al final de la entrada, cerca de la iglesia de santa María una figura de Atlas con la fisionomía del rey, le presentaba como «refugio y amparo de la república Christiana» (f. 244r).

Resulta tentador intentar una interpretación iconográfica a la luz del pensamiento político de este tiempo que insistentemente presentaba a la monarquía de Felipe II como la más firme expresión de la monarquía universal, tanto por su peso dinástico y territorial, como por su defensa de la Iglesia católica, lo que, junto con la piedad personal del monarca, daba nuevos contenidos al «renombre y soberano blasón de catholico» (f. 48v), que, como se recuerda en el primer arco, había merecido el rey Fernando de Aragón<sup>29</sup>. Pero lo que me interesa señalar aquí son sólo los aspectos distintivos de las imágenes reales en el marco de la capital. Algunos de los elementos de la simbología real eran comunes a otras entradas contemporáneas e incluso de tiempos de Carlos V, cuando ya se observaba un cambio de énfasis desde las imágenes tradicionales de rey justo y pacificador a las que subrayan sus derechos dinásticos, glorifican sus rasgos heroicos y personalizan sus virtudes. Lo que resulta más llamativo de la entrada descrita por López de Hoyos es que estos temas se recogen de forma más homogénea de lo que era habitual y que al soberano se le llega a presentar como encarnación de un cuerpo político que no era el reino o la ciudad, sino una nueva entidad (recordemos el texto que asimilaba a España y Felipe II en la lucha contra la herejía del primer arco) de la que Madrid era capital, algo aparentemente menor

29 F. Yates, *Astraea. The Imperial Theme in the Sixteenth Century*, (Londres, 1975). Para una mayor elaboración de estos temas en el contexto hispano, P. Fernández Albaladejo, *Fragmentos de Monarquía*, (Madrid, 1992), es 60-85 y «De Regis Catholici Praestantia: una propuesta de «Rey Católico» desde el reino napolitano en 1611», en A. Musi, (ed.), *Nel Sistema imperiale: l'Italia spagnola*, (Nápoles, 1994), 93-111.

pero muy significativo si consideramos el simbolismo «nacional» que Bryant observa en las decoraciones efímeras de París por esos años<sup>30</sup>. La noción de Madrid como representación de los valores y aspiraciones de la monarquía en conjunto parece haber sido la guía de la intervención permanente y decidida del comisionado del Consejo Real, Francisco Fernández de Liébana, en los preparativos para la entrada. De él o del mismo rey procedió, sin duda, la exclusión de las imágenes de Hungría (tal vez para reforzar el énfasis en las raíces hispanas y no austríacas de la dinastía), de la Misericordia y la Libertad (quizás consideradas inapropiadas cuando se discutía la política a seguir en los Países Bajos) o la Osa de las armas de Madrid, que con gran orgullo sí se había mostrado en la entrada de 1560, cuando la Villa todavía no era Corte<sup>31</sup>.

#### UNA CAPITAL CEREMONIAL TRUNCADA

Por lo visto hasta aquí, podríamos concluir afirmando que, diez años después de establecerse la Corte, Madrid resultaba una ciudad muy apropiada como capital ceremonial y que asumía su papel. La limitada complejidad institucional, débil desarrollo corporativo y tenues tradiciones de la ciudad facilitaban la actuación de las instancias reales en la organización de las ceremonias cívicas, de modo que podían alcanzar exaltaciones la realeza como la de 1570, sin interrupciones o desviaciones temáticas.

Y, sin embargo, los hechos posteriores a 1570 contradirían semejante conclusión. Las celebraciones de la monarquía quedaron prácticamente eclipsadas de Madrid después de esa fecha o, con mayor precisión, tras los festejos por Lepanto y el nacimiento del heredero un año más tarde. Durante las dos décadas siguientes, se puede constatar que un casi completo vacío de ceremonias regias dominó el panorama madrileño; ni siquiera hubo una recepción solemne a la vuelta del rey de la jornada de Portugal en 1583 por su propio mandato. La concentración del interés de Felipe II en el nuevo monasterio de El Escorial, que se comenzó a construir precisamente en la década de 1570, y las motivaciones personales, como los lutos por la muerte de Ana y sus hijos, pueden explicar en parte la situación. Pero no podemos ignorar otras razones que arrancaron de los mismos preparativos para la entrada de 1570 y cuyas implicaciones tienen un mayor alcance para la historia de la capitalidad madrileña.

30 Bryant, op. cit., 125-205 (es 162-8); las referencias son principalmente a las entradas reales de París en 1549 y 1571.

31 Cruz Valdovinos, op. cit., 421-2. Para el arco de 1560, trazado por el alarife de la Villa Francisco Giralte, ver «El resquebimiento y fiestas que se hizieron en Madrid a la reina doña Ysabel nuestra señora», en A. González de Amezúa y Mayo, *Isabel de Valois, reina de España (1546-1568)*, (Madrid, 1949), III, 2, 443-7 y AVM, LA, XIV, f. 361r (9 de diciembre de 1559).

Por un lado, los acuerdos municipales dejan constancia de las divisiones entre los regidores, algunos de los cuales no estaban dispuestos a empeñar las arcas del ayuntamiento para costear la ceremonia real. La situación de Madrid no era particularmente holgada y dependía exclusivamente de los medios municipales para sostener algunas partidas que en otras ciudades costeaba la nobleza local. Ese es el caso de las ropas para los juegos caballerescos, que, como se sabe, eran entonces poco más que una exhibición de riqueza, que se plasmaba sobre todo en las libreas de las cuadrillas. El ayuntamiento de Madrid tenía que vestir a los regidores y a sus acompañantes e incluso aderezar a los caballos de manera uniforme, para estar a la altura de lo que se había «hecho en los recibimientos que a su magestas se hizieron en el Andalucía y en los que en Castilla de presente se han hecho y hazen a la reina nuestra señora»<sup>32</sup>. El que la facción austera encabezada por el regidor Pedro de Herrera acabara contando con el apoyo del Consejo, que, días antes de la recepción, ordenó no dar nada más a costa de la Villa tampoco mejoró las cosas: al final los regidores tuvieron que costear su participación en las fiestas y ni siquiera contaron con la compensación de lucir telas de oro en el recibimiento, como lo habían hecho en el de Isabel de Valois. El resultado fue que algunos optaron por no tomar parte en los juegos y el palio de la reina no salió con sus cuarenta y cuatro varas, sino con veinte menos, «porque —como advierte López de Hoyos—, aunque es más su número [de regidores], no se hallaron todos aquí» (f. 102r). Tendrían que pasar todavía algunas décadas para que los hombres de la Villa se acomodaran plenamente a los intereses de la Corte y apoyaran las iniciativas de ésta sin grandes fisuras<sup>33</sup>.

Por otro lado, los acuerdos municipales dejan traslucir el descontento por la ambiciosa política urbanística de Felipe II, de la que las obras para la entrada de Ana no fueron más que un puntal. Al monarca, aunque prefería gastar en sus palacios más que en la capital, no le faltaron ideas para las obras que el ayuntamiento debía patrocinar y aprovechó la entrada para mandar que se diera prioridad a las obras «perpetuas para el ornato de la Villa»<sup>34</sup>. Con lo que no contó fue con las protestas de los vecinos afectados por los proyectos de ampliación y regularización de las calles del itinerario y, así, después de haberse tasado algunas casas en la «calle de Guadalajara» (presumiblemente la calle Mayor a la altura de la puerta de ese nombre), fue necesario que saliese el cardenal Espino-

32 AVM, LA, XIX, f. 5v (3 de noviembre de 1570).

33 Para una aproximación reciente a las dificultades de acomodación de Madrid a su nuevo papel, J.M. López García, (ed.), *El impacto de la Corte en Castilla. Madrid y su territorio en la época moderna*, (Madrid, 1998), cap. 2. Me ha resultado de gran utilidad la discusión de algunos de los puntos tratados aquí con uno de sus autores, José Bernardos, a quien aprovecho para agradecer su ayuda durante la realización de este trabajo.

34 Cruz Valdovinos, op. cit., 414 (AVM, LA XVIII, f. 419v, acuerdo de 4 de agosto de 1570).

sa a calmar los ánimos y que «quitase los vecinos, diciéndoles que no se les derrocaría ny por pensamiento casa nyinguna»<sup>35</sup>. Al final, en las partes de la ruta ceremonial que no quedaron regularizadas se mandó colocar la tapicería, ese socorrido sustituto que en los tiempos no tan lejanos de la Corte itinerante «permitía revestir y adornar en un momento los muros de cualquier improvisada morada real»<sup>36</sup>. No hay muestras de que se suscitaran semejantes protestas cuando, para ensanchar el paso del cortejo, se derribó una torre del arco de santa María, que era una de las puertas más antiguas de Madrid, quizás porque en los últimos años los madrileños se habían acostumbrado a ver caer las puertas tradicionales y porque, en contrapartida, los preparativos de la fiesta llevaron a arreglar la más emblemática Puerta de Guadalajara e incluso se habló de construir una nueva en la Puerta del Sol. Pero incluso las palabras del siempre moderado López de Hoyos dejan traslucir un tono crítico, al comentar las dificultades que hubo para desencajar la torre de santa María, que, dice «no era pequeño argumento de su grande antigüedad. Pero por servir a su M., ninguna cosa auía que se pusiesse delante...» (f. 24r). Dos años antes, en su breve crónica de la Villa, el cronista se había referido a las puertas y murallas de la ciudad, comentando con amargura: «no puedo dexar de sentir como cada día las derriban», y recordando que ellas definían a la ciudad, junto con sus santos, hombres de armas y mayorazgos de relieve, elementos por los que, en último término, «nuestra patria no deue ser pospuesta a las muy nobles y muy felices»<sup>37</sup>.

En conclusión, el Madrid de mediados del siglo XVI, aunque no contase con tradiciones e instituciones tan poderosas como las de otras ciudades castellanas, no era la tabla rasa que tal vez había imaginado Felipe II cuando decidió instalarse en ella. Como capital inventada, en 1570 tampoco resultó fácil enmascararla como representación del soberano, espejo de la nación y modelo para otras ciudades, aunque, en contrapartida, cuando llegara a serlo décadas más tarde, no habría peligro de que siguiese rumbos independientes del monarca, como sucedió en París y otras capitales socialmente más complejas y de más larga tradición.

MARÍA JOSÉ DEL RÍO BARREDO  
Departamento de Historia Moderna, UAM

35 Ibid. (AVM, LA XVIII, f. 435v, acuerdo de 18 de agosto de 1570).

36 J. A. Maravall, *Estado moderno y mentalidad social*, (Madrid, 1986; primera ed. 1972), I, 149-50. AVM, LA XIX, f. 11v (8 de noviembre de 1570).

37 *Hystoria*, f. 1v de la carta al Senado de Madrid y, la cita anterior en f. 5v de la «Declaración y armas». Para el simbolismo cívico de las murallas, C. De Seta y J. Le Goff, (eds.), *La ciudad y las murallas*, (Madrid, 1991; 1ª ed. italiana, 1989) y M. Cátedra y S. de Tapia, «Imágenes mitológicas e históricas del tiempo y del espacio: las murallas de Ávila», *Política y Sociedad*, XXV (1997), 151-84.